

¿Dios es alguien de fiar? *

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio 'El Salvador' (Zaragoza)

E-mail: jsanz@jesuitaszaragoza.es

Siempre que la sociedad trata de emerger entre los escombros de una catástrofe, como si se hallara en medio del salvaje oleaje de una tempestad, la narrativa es el periscopio con que conseguimos hacernos una idea del calado del desastre, los restos que van a la deriva, los derrelictos, los fragmentos inconexos del mundo que fue y ya no será jamás, las ideas que el océano engulle, las palabras que caen por su propio peso, aquello que pretendió pesar más que la historia y fue incapaz de flotar en la tormenta. La narrativa es quizá el género más sensible a los cambios profundos que afronta una cultura: percibe las vibraciones del terremoto antes de que se produzca, humaniza los miedos y las inquietudes, acerca ese tiempo destemplado al lector y le hace vibrar en la misma onda que quien escribe.

¿Dónde queda la palabra de Dios en un mundo a la intemperie? Ésta es una de las oscilaciones que más nos inquietan. Daniel Defoe rescata el tópico del libro de Jonás en la alucinación de Robinson, aquella noche en que es víctima de las fiebres tercianas, construido ya su pequeño universo en la isla, autónomo pero desvalido. Entonces oye la voz de Dios en el salmo 51 que le dice que él es el elegido. Melville recupera el mensaje un siglo después en *Moby Dick*. El capitán Ahab representa la sordera y el empecinamiento en esgrimir un poder del que carece, el dominio sobre una naturaleza que le sobrepasa y a la que opone, frente a su inmenso poder, la estéril voluntad de un hombre a quien solo mueve la venganza. Melville elabora una alegoría acerca de un mundo sin proyecto, donde la voz de Dios es un eco que no encuen-

* FELDMAN, JOSHUA MAX: *El libro de Jonah*, traducción de Damià Alou, Libros del Asteroide, Barcelona 2015, 424 pp., ISBN 978-84-1621-316-0.

tra paredes en las que resonar, en medio de un mar infecundo.

Ahora comienza a llegar la literatura post 11-S, más madura y también la más emancipada del olor a carne quemada y a humo gris. Me impresionó *En casa*, novela de Marilynne Robinson, donde el personaje de Glory regresa a su hogar veinte años después, la vida despedazada, para reconstruirla pacientemente sobre la mesa de la cocina en largas conversaciones con su hermano. Me sobrecogen siempre las narraciones predictivas de Don DeLillo como *Ruido de Fondo* o *Submundo*, esas novelas tuyas en las que la realidad más enrevesada encuentra los hilos explicativos en los mitos clásicos, como *Libra*, por ejemplo. Me ha impresionado la primera novela de Joshua Max Feldman, *El libro de Jonah*; sorprende gratamente por su frescura, por los diálogos y por la habilidad narrativa.

El mito siempre encuentra las fracturas, las grietas donde emerger. Lo hace ahora en la sociedad post-apocalíptica americana: el mito de Jonás, encarnado en el joven abogado Jonah Jacobstein. Se trata de un tipo sin escrúpulos que excede con creces las 3.500 horas de trabajo anuales que factura cualquier abogado de la *City*. Se encuentra en el metro con un judío *jasídico* que, por azar, le

trasmite una revelación. Jonah no sabe si está loco, cuerdo, o se ha fumado más porros de la cuenta, pero poco más tarde, durante una fiesta, experimenta una revelación que para él será epifánica: ve la ciudad de Nueva York sumida bajo las aguas tras una tormenta de dimensiones bíblicas y oye una palabra en hebreo cuyo significado ignora. Esa visión mueve a Jonah a dejar atrás el mundo de corrupción, desenfreno y desencanto que retratara con precisión de cirujano y exceso de artista Martin Scorsese en *El Lobo de Wall Street*.

Jonah comprende que nadie ha leído la catástrofe de las Torres Gemelas en su dimensión profética: el mundo sigue igual o quizá peor. Dios no es más que una gran red *wifi* cuyo valor estriba en la velocidad a la que es capaz de replicar la comunicación, no en su relevancia ni en su profundidad. Los atributos de lo humano no van más allá del tamaño del *smartphone*, el maletín o el tipo de tarjeta de crédito de que un "hombre de bien" dispone sin límites razonables, porque los límites son, precisamente, la única imagen de la muerte que el lobo *ultraliberal* reconoce como tal.

La redención en un mundo sin pecado sólo lo conoce el alcohol y el sexo. Contar, medir, tocar, sumar, restar, son las únicas tareas

en las que se siente seguro. Es un producto masculino de la post-recesión, un hombre necesitado de construir un mundo material alrededor, con el que pueda entenderse sin más profundidad que la que alcanza la yema de los dedos.

Jonah cree mantener una relación doble en el amor –tiene novia y amante–, pero acabará manteniéndola también con la vida. Tras el encuentro con el *jasid* sabe que “cuando el Señor extiende la mano, no puedes ocultarte en el metro”. Su periplo, como el de Jonás, pasará por el vientre de la ballena (la ciudad de Ámsterdam) y acabará en Nínive (Las Vegas). Encontrará a su doble en Judith Bulbrook, huérfana de la catástrofe de las Torres Gemelas, niña hiperactiva y llena de preguntas, mujer que lleva años buscando respuestas de manera infructuosa. Ella padece los grandes males del siglo que nace: la culpa y la indiferencia.

En su visión, paralela a la alucinación diluviana de Jonás durante la fiesta, sólo existen dos certezas: la fragilidad de la vida y la conciencia cada vez más severa de la muerte. Dios, como le sucede al profeta bíblico, les acabará pareciendo un ser sin palabra, incapaz de destruir Nínive porque se apiada de los seres que la habitan.

Tampoco Las Vegas será destruida, pero el final, lleno de grotescas referencias y inteligentes humoradas, quizá deje un sabor de boca un tanto dulce, quizá demasiado *hollywoodiano*. Judy, o Judith, trabaja para el mercado inmobiliario de los casinos de Las Vegas comprando iglesias con un oscuro fin, hasta que deje de ser Judy para ser nada menos que Judith.

Joshua Max Feldman escribió esta novela en Basilea, acompañando a su esposa durante una estancia de trabajo. Parece que su idea original era preparar diez cuentos sobre escenas bíblicas, pero fue el mito de Jonás del que se apoderó en la narración. Hijo de dos reconocidos psicólogos de confesión judía, el escritor reconoce su interés por las respuestas que puede y no puede dar la religión a la vida; a su juicio, son menos de las que creemos. El mundo que se está abriendo no parece muy inquieto por la verdad. El hecho de que Jonah sea abogado, alguien para quien la verdad es algo incómodo, es harto significativo. Pero este inmenso escenario está plagado de seres que expían culpas que no cometieron, carentes de criterios para discernir al menos qué se acerca más a la verdad. Judith es un personaje mucho más hondo y crudo que Jonah. Es mujer y sufre un castigo desproporcionado. Pa-

dece una desventura que no tiene sentido alguno y se ve obligada a superar una y otra vez las pruebas que el destino dispone en su camino. Es, en apariencia, una heroína trágica con todos sus atributos, perdida en un mundo donde Dios tampoco es alguien de fiar.

Es relevante que la religiosidad de todos los personajes sea íntima y sin mediaciones, una religiosidad personal, a escala, a medida, directa y distante. No hay necesidad de encuentro, de celebración, de comunicación. ¿Acaso hay un dios deshuesado para un mundo sin dientes?

Pese a ser una excelente novela, carece de más de ritmo en su segunda mitad, que adolece de la tensión que aviva la primera parte. Tampoco deja satisfecho esa fijación por contarlo todo, por desentrañar los dilemas existenciales de Judith, tan ricos e incitantes, sin permitir que sea el lector quien los reordene en su imaginación. Por lo demás, los años que ha pasado el autor escribiendo guiones de comedia proporcionan una viveza en los diálogos y en los ritmos narrativos que salvan los ligeros desequilibrios. Una excelente *opera prima* que preludia otras grandes novelas. ■